

Cuaresma 2017

DELEGACIÓN DIOCESANA
DE APOSTOLADO SEGLAR

Vía crucis per la "Ciutat Vella"

Valencia 2017

Monición inicial

En el camino hacia la preparación para la Semana Santa de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y también ahora, antes de la Pascua, debemos aprender del amor y de la misericordia del mismo Jesús. Aunque cargaba una pesada cruz y desfallecía, Él consoló a los afligidos y a los prisioneros, soportó el sufrimiento pacientemente, perdonó injurias cuando dijo "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Los discípulos siguen los pasos de su maestro. Lo observan con atención. Le hacen preguntas. Lo miran y lo siguen.

Esperando al santo Triduo Pascual fijamos los ojos en el rostro misericordioso del Padre, en nuestro Señor Jesucristo e intentamos descubrir de nuevo qué significa ser Su discípulo.

Primera estación:

Jesús es condenado a muerte.

Pilato le dijo: «¿No quieres hablarme? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y también para crucificarte?» Jesús le respondió: «Tú no tendrías sobre mí ninguna autoridad, si no la hubieras recibido de lo alto. Por eso, el que me ha entregado a ti ha cometido un pecado más grave». Desde ese momento, Pilato trataba de ponerlo en libertad. Pero los judíos gritaban: «Si lo sueltas, no eres amigo del César, porque el que se hace rey se opone al César» (J 19,10-12). En medio de las gentes nos guardas como un resto para cantar tus obras y adelantar tu reino. Seremos raza nueva para los cielos nuevos; sacerdotal estirpe, según tu Primogénito.

¿Recuerdas cómo Jesús defendió a una mujer a la que querían lapidar? Ninguno de los verdugos vivía sin pecado, ninguno arrojó la piedra. La

defendió, salvó su vida. Y tú, ¿Aprecias tu vida? ¿Con qué frecuencia, en general, sientes que estás vivo? Sabes perfectamente que Dios quiere abundancia para ti, que quiere ayudarte a ser creativo, lleno de pasión. Él no sólo siempre te defenderá, no te condenará y no te sentenciará a muerte; te salvará, te protegerá y te dará vida.

Sigue a Jesús; Él salva tu vida y la de los demás.

PADRENUESTRO.

Segunda estación: Jesús carga la cruz.

Ellos vociferaban: «¡Que muera! ¡Que muera! ¡Crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿Voy a crucificar a su rey?». Los sumos sacerdotes respondieron: «No tenemos otro rey que el César». Entonces Pilato se lo entregó para que lo crucifiquen, y ellos se lo llevaron. Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado «del Cráneo», en hebreo «Gólgota» (J 19,15-17).

¿Podría no haber existido la cruz? ¿La salvación podría haberse llevado a cabo de otro modo, un poco menos cruel? Si Dios así lo decidió significa que probablemente esto fuera necesario. ¿Recuerdas cuando decía que el discípulo no está por encima de su maestro? ¿Que es suficiente que el sirviente llegue a ser como su patrón? Tienes que cargar tu cruz, cargar tus pecados, debilidades, carencias. Pero no es en vano; sabes bien que es un camino de crecimiento espiritual, y es este el camino que lleva a la Resurrección.

Sigue a Jesús; besa tu cruz y encomiéndate a Padre.

PADRENUESTRO.

Tercera estación: Jesús cae por primera vez.

¿Qué es más fácil decir a este paralítico: Se te perdonan tus pecados, o decir: Levántate, toma tu camilla y anda? Pues ahora ustedes sabrán que el Hijo del Hombre tiene en la tierra poder para perdonar pecados.»Y dijo al paralítico: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2,9-12).

¿Te pasa que en ocasiones te sientes paralizado? ¿Miedo, preocupaciones, vergüenza quizás? A veces, no nos es tan fácil entender que Dios puede cambiar estos sentimientos en un instante, que puede alejarlos de nosotros, hacer que desaparezcan. En este momento piensa en los milagros: los del Evangelio y los que ocurren a cada momento. Y cuando ya estés convencido, pide ayuda a Dios y levántate. Él no quiere verte caído; eres importante para Él.

Síguelo; no te rindas a pesar de las dificultades.

PADRENUESTRO.

Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre, María.

Al ver a la madre y, cerca de ella, al discípulo a quien Él amaba, Jesús le dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa. (J 19,26-27).

¿Conoces a personas que sabes que harían casi cualquier cosa por ti? Cúdalas, porque un día, quizás, te salvarán la vida, serán tu tabla de la salvación. La relación entre María y Jesús debe haber sido extraordinaria, única. Y aunque ella siempre intentaba estar cerca, en este momento no pudo ayudarlo. Aún así, ver a su hijo sufrir tuvo que dolerle tremendamente. Estuvo con su Hijo hasta el final. Probablemente sus ojos se buscaban mutuamente, intentando consolarse... Jesús

pensó en ella hasta el último momento. A partir de este momento María tiene bajo su custodia todos los discípulos de su Hijo.

Sigue a Jesús: ama a Su madre tanto como tú amas a la tuya.

PADRENUESTRO.

Quinta estación: Simón el Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o sin ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? El Rey responderá: «En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí» (Mt 25,37-40).

Simón no tenía ganas de ayudarlo. Los evangelistas señalan que los soldados lo obligaron a llevar la cruz. ¿Y tú? ¿Lo ayudarías? ¿Cómo reaccionas en ocasiones similares? Las Escrituras nos animan a ayudarnos mutuamente a llevar nuestras cargas; no se habla únicamente de que hay que llevar la carga de tu hermano, sino también de que tú tienes que permitir que te ayuden con la tuya. Esto último es, incluso, más difícil. Recuerda que no siempre tienes que poder con todo. A veces eres tú el más pequeño.

Sigue a Jesús; cuando ves, que llevas demasiada carga, acepta ayuda con agradecimiento.

PADRENUESTRO.

Sexta estación: Verónica limpia el rostro de Jesús.

Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto. A la vista de ellos su aspecto cambió completamente: su cara brillaba como el sol y su ropa se volvió blanca como la luz. En seguida vieron a Moisés y Elías hablando con Jesús (Mt 17,1-3).

Dios tiene una buena opinión de ti; aún sabiendo TODO sobre ti. Te ama sin "peros". Para Él eres único, irrepetible y hermoso. Es por esto que no debes pensar mal de ti. Jesús dijo que debíamos ser misericordiosos como el Padre lo es, así que intenta serlo, inclusive contigo mismo. No tienes que ser perfecto, permítete ser tú mismo. Si le permites a Dios guiarte, te asombrarás al ver cómo Su gracia puede transformarte.

Sigue a Jesús; ¡deja que Él limpie tu rostro de polvo y suciedad para que puedas brillar!

PADRENUESTRO.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez.

Jesús, al irse de allí, vio a un hombre llamado Mateo en su puesto de cobrador de impuestos, y le dijo: «Sígueme.» Mateo se levantó y lo siguió. Como Jesús estaba comiendo en casa de Mateo, un buen número de cobradores de impuestos y otra gente pecadora vinieron a sentarse a la mesa con Jesús y sus discípulos (Mt 9,9-10).

Cada uno de nosotros busca la felicidad, el amor, la compasión... incluso hasta aquel que parece importarle muy poco el bienestar de los otros. ¿Recuerdas cómo Jesús dijo que a quien se le perdona más, ama más? A veces es más fácil evitar este tipo de situación, sobre todo para aquellos que creen que no tienen nada que perder, aquellos a los que ya nada les importa nada... No te repitas

que no hay nada que hacer contigo, que no hay solución, que no vales la pena. No te quedes estancado en una jaula enorme y abierta. Dios no se olvida de nadie, no renuncia a ninguno de nosotros, Él nos hace libres en la verdadera Libertad.

Síguelo: ayuda a aquellos que se han convencido que no hay forma de levantarse y seguirlo.

PADRENUESTRO.

Octava estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Lo seguía muchísima gente, especialmente mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí. Lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos. Porque llegarán días en que se dirá: «Felices las mujeres que no tienen hijos. Felices las que no dieron a luz ni amamantaron». Entonces dirán: «¡Que caigan sobre nosotros los montes, y nos sepulten los cerros!». Porque si así tratan al árbol verde, ¿qué harán con el seco?» (Lc 23,27-31).

Es probable que las mujeres no fueran las únicas que lloraban. María estaba cerca de Él, había otras mujeres, amigos. Quizás también estaba la mujer que, a pesar de la indignación de los fariseos, había lavado los pies de Jesús con sus lágrimas, los había secado con su propio cabello y luego besado y ungido. ¿Fue la Bondad de Jesús, pura y sin mancha, la que los movilizó a todos ellos? Él mismo se conmovió tres veces ante la pobreza humana, la humildad y la fe. Los sentimientos nos permiten expresarnos y nos enseñan cosas sobre nosotros.; es por eso que no podemos fingir ni alegría ni pena ni sonrisas ni lágrimas.

Sigue a Jesús: no tengas temor de conmoverte sinceramente, de pedirle que te consuele en tu dolor.

PADRENUESTRO.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez.

Le preguntó por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas. Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras». De esta manera, indicaba con qué muerte Pedro debía glorificar a Dios. Y después de hablar así, le dijo: «Sígueme» (J 21,17-19).

¿Recuerdas que cuando Él ya había resucitado entró donde estaban ellos a pesar de las puertas trancadas? Este es el privilegio de ser Su discípulo: Él te cuida y viene a ti, Él conoce perfectamente a qué le temes, qué te hace perder la fe, inclusive qué te lleva a que lo traicionen. Las puertas cerradas no son un obstáculo; sí lo es un corazón blindado. No lo hagas. Si se lo permites, las barreras caerán y Su Amor te encontrará porque, al final, el Amor todo lo soporta.

Sigue a Jesús; permite que Su Amor te acompañe y te levante.

PADRENUESTRO.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies (Lc 15,20-22).

El ladrón más grande no es la persona que te roba tus cosas, sino aquel que te roba tu tiempo, tus sueños, tu felicidad. Es Satanás; es él quien está deseoso de desvanecer tu esperanza. Aunque a veces te cueste creerlo, como hijo de Dios ¡tienes todo el derecho de recibir el legado de la libertad y la eterna felicidad! Dios no nos reprocha nada, no nos acusa de nuestros pecados. Él, únicamente, se preocupa cuando estamos lejos de Él por mucho tiempo.

Sigue a Jesús; pase lo que pase, siempre recuerda tu dignidad de hijo de Dios.

PADRENUESTRO.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz.

La gente estaba allí mirando; los jefes, por su parte, se burlaban diciendo: «Si salvó a otros, que se salve a sí mismo, ya que es el Mesías de Dios, el Elegido.» También los soldados se burlaban de él. Le ofrecieron vino agriado diciendo: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.» Porque había sobre la cruz un letrero que decía: «Este es el rey de los judíos» (Lc 23,35-38).

Muchas veces Jesús fue amenazado de muerte, y en varias ocasiones intentaron capturarlo; cada vez que esto sucedía, sin embargo, de una manera sorprendente, Jesús conseguía escapar de estas situaciones. ¿Recuerdas cómo se lo llevaron de Nazareth hasta el borde del acantilado para empujarlo? Él simplemente caminó en medio de ellos y se alejó. ¿Qué fue exactamente lo que pasó? ¿Tal vez ellos no pudieron realmente entender o dimensionar la mirada que Él, a pesar de todo, les dirigió? Ante la mirada de sus ojos llenos de Amor, todas las manos alzadas caen y los puños se aflojan. Sin embargo, al final, la muerte lo alcanzó pero nadie le quitó la vida, sino que fue Él quien la entregó por nosotros. ¿Existe la posibilidad de que aquellos que lo clavaron en la cruz hayan evitado mirarlo a los ojos?

Sigue a Jesús: desarma a la gente con amor.

PADRENUESTRO.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz.

Hacia el mediodía se ocultó el sol y toda la Tierra quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. En ese momento la cortina del Templo se rasgó por la mitad, y Jesús gritó muy fuerte: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y dichas estas palabras, expiró. (Lc 23,44-46).

De cara a la muerte una persona es como un niño impotente e indefenso. Es probable que no seamos realmente capaces de entender lo que pasó en el Gólgota. ¿Recuerdas la parábola de la perla? Jesús dijo que el Reino de los Cielos es como un comerciante que busca perlas preciosas: "al encontrar una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró". Tú eres una perla. Cada persona por la que murió el Hijo de Dios es una perla de un valor incalculable; tanto, que Dios decidió dar todo por ella. Todo, ¿entiendes? Por esto mismo, no te desprecies a ti mismo, ya que un

precio altísimo ha sido pagado por ti.

Sigue a Jesús; no guardes tu vida sólo para ti, entrégala.

PADRENUESTRO.

Decimotercera estación: Jesús es descendido de la cruz y puesto en brazos de María, su madre.

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús pero secretamente, por temor a los judíos, pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y aloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos (J 19,38-40).

Un amigo es una persona que está cerca de ti aún en los peores momentos; especialmente en esos momentos. Es alguien que te cuida, inclusive cuando tú no tienes fuerza para seguir adelante. Jesús se hizo amigo de la gente, se preocupó por sus vínculos. José de Arimatea y Nicodemo se ocuparon de él, aún después de su muerte; se preocuparon por que su cuerpo recibiera sepultura con respeto y con amor. Tú también puedes experimentar la dicha vivir verdaderas amistades. ¡Pídele a Dios que te conceda este hermoso regalo!

Seguir a Jesús; da tu vida por tus amigos y confía en sus manos llenas de bondad.

PADRENUESTRO.

Decimocuarta estación: Jesús es sepultado

En el lugar donde lo crucificaron había una huerta y en ella, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús (J 19,41-42).

Jesús murió, pero sólo por poco tiempo... Mientras sus amigos ponían su cuerpo a buen resguardo en un sepulcro que nunca había sido usado, Él creaba, una vez más, una nueva Tierra. Ellos no podían imaginar aún qué era lo que iba a pasar, se hizo silencio... pasaron varias horas desde que Él murió hasta la mañana de Resurrección. ¡Él ya estaba muy cerca! ¡La mejor receta para la inmortalidad, para la vida eterna es aferrarse a la Fuente de la Vida, ser Sus amigos, no alejarnos de Él!

Sigue a Jesús; confía en el Padre sin límites, en Dios que vive eternamente.

PADRENUESTRO.

